

RAÚL ALCANTARILLA

LA BENDICIÓN
DE VIVIAN

Corregido por Ana Carmen Benítez Hidalgo

Cubierta por Viviana Bey

Ilustraciones interiores por Sara Ávila

Primera edición: 2023

©Raúl Alcantarilla

Maquetación: Raúl Alcantarilla

Diseño de portada: Viviana Bey

Corrección: Ana Carmen Benítez Hidalgo

Ilustraciones interiores: Sara Ávila

ISBN: 978-84-127404-2-4

Depósito Legal: V-2979-2023

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de ninguna manera ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conilcencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)





CAPÍTULO I

LA POSADA Y EL BOSQUE ENCANTADO

El otoño se abría paso poco a poco, dejando un rastro de un brillante color blanco en los picos de las montañas que bordeaban el valle de Heledd; una tierra de magia, viejas historias, suaves colinas y pequeñas aldeas. Una carretera empedrada la recorría de este a oeste, separando las tierras conquistadas por el hombre del Bosque de Ársa, que los viajeros observaban con una mezcla de curiosidad y desconfianza mientras espoleaban a sus caballos o arrastraban sus carretas.

Muchos eran los que recorrían aquellas tierras, pero pocos los que se habían atrevido a asentarse en el borde del camino. La excepción era una posada, construida con madera, paja y piedra, y que tenía por nombre La Bendición de Vivian.

Al tratarse de uno de los pocos lugares donde encontrar una cerveza, una comida caliente y una cama mullida sin desviarse de la carretera, el local bullía de actividad. Otros motivos eran su excelente reputación y la fama que su propietario, Lug, se había cosechado antes de colocarse en los fogones, entre los que se movía con la precisión de un viejo general en el campo de batalla.

La cocina se hallaba en la planta baja, la misma en la que estaba el amplísimo comedor, donde conversaban a voz en grito decenas de bebedores y comensales atendidos, sin mostrar signos de agobio y cansancio, por una única camarera. Avanzaba a paso rápido entre las mesas, girando sobre sí misma, para escuchar las comandas de los clientes, con una gracilidad que recordaba a los pasos de un baile y que hacía que su falda ondulara y se alzara por encima de sus tobillos.

—Yo me encargo de las bebidas, maese Lug —le comentó ella al pasar junto a la puerta de la cocina.

Casi sin mirar, la mujer tomó una docena de huesos, en su mayoría de conejo, y la distribuyó entre seis pequeñas cajas de madera. Continuó su camino hacia la barra y empezó a servir los vinos y cervezas que le habían pedido. Lug contó de reojo los huesos y cuando ella volvió a la entrada de la cocina, con una bandeja llena de vasos y jarras vacías, la mitad de los platos ya estaban listos para marchar con sus nuevos y hambrientos propietarios.

Sonrió satisfecha y el cocinero, desde su posición, estuvo seguro de que hinchaba el pecho de orgullo. Gwenllian era quien había ideado aquel mecanismo para que emplatar y servir la comida fuera más rápido, si bien este solo funcionaba gracias a su memoria prodigiosa.

Desde su perspectiva a través de la ventana, que ofrecía una panorámica de todo el salón, Lug observó cómo se desenvolvía; avanzaba con paso firme, pero sin apenas hacer ruido, y mantenía una sonrisa perenne. Él siempre había admirado el autocontrol de Gwenllian, quien reaccionaba a cualquier tipo de comentario, hasta a los ofensivos, sin que se resquebrajase su paciencia.

Cuando sirvió la última de sus cervezas a unos aventureros que ocupaban una mesa en el fondo, cerca de la salida, el posadero observó cómo uno de ellos sacaba pecho y se acicalaba el pelo.

«Ya están otra vez», pensó Lug, hastiado.

El hombre empezó a hablar con gesto chulesco pero, desde su posición, fue incapaz de escucharle. Gwen asintió sin perder la compostura, lo esquivó cuando este intentó tomarla por la cintura, y trazó un símbolo en la parte inferior de la jarra con la mano que tenía libre, antes de dejarla frente al comensal bravucón.

Durante unos instantes, Lug creyó que todo había terminado. Sin embargo, el hombre se levantó tambaleante y habló una vez más. Sin perderle de vista, el posadero abandonó la cocina, dejó los platos que portaba en la barra y esperó.

—Confíad en mí, que pocas cosas me halagan más que vuestras atenciones. —Gwenllian habló con voz risueña y su jefe, lejos de los fogones, fue capaz escucharla—. Pero como podéis ver, no hay

otra camarera que una servidora. Temo que si acaparase toda mi atención, mi empleador cambiaría los pucheros por otra herramienta.

De inmediato, las miradas de los aventureros se desviaron desde el cuerpo bien proporcionado de la moza y su expresión afable, hasta el martillo de guerra que reposaba sobre dos ganchos anclados a la pared tras la barra. Era un arma antigua, pesada, que había acompañado al posadero en decenas de batallas. Su cabeza tenía un gancho en un extremo, capaz de desgarrar la carne y la cota de malla, y el otro extremo era romo, perfecto para abollar armaduras y destrozarse cajas torácicas.

Como único refuerzo al comentario de la camarera, el cocinero cruzó los brazos y gruñó. Fue suficiente. Lug superaba el metro ochenta de alto, tenía una constitución robusta y aquel gesto marcaba su musculatura.

Además, una cicatriz le recorría buena parte de la frente y su tabique nasal tenía esa forma irregular que indica que se lo habían roto varias veces. Durante unos instantes, su presencia se convirtió en el centro de atención, y una palabra brotó de los labios de algunos clientes: *Quebrantahuesos*. Al escuchar aquellos susurros, el posadero gruñó por segunda vez.

Con voz temblorosa, los aventureros se despidieron, pagaron y recogieron sus cosas. El que había pedido la última bebida regresó a la mesa cuando estaba a punto de salir, miró a Gwenllian, luego a Lug, se terminó su cerveza de un trago y dejó algunas monedas de más.

Tan pronto como hubieron abandonado el local, la tensión en el ambiente se atenuó. Gwenllian se acercó a él a paso ligero, casi como lo haría una niña, se apoyó en la barra y le obsequió con una caída de ojos que habría provocado que cualquiera de los presentes volcase su bebida.

—No sabéis cuánto os agradezco vuestra asistencia, mi estimado empleador —le susurró ella, con sus dos ojos azules, arropados por sendas largas pestañas, clavados en los de él—. Desconozco qué habría sido de esta pobre damisela sin vuestra intervención.

Él la contempló con los ojos entrecerrados durante unos instantes y, a continuación, se encogió de hombros.

—Habrías encontrado otro modo de protegerte —respondió él, que tomó un paño y empezó a limpiar jarras vacías—. Tengo ojos en la cara.

—¿Estáis seguro de eso? —inquirió ella.

Se había sentado en un taburete, con las piernas cruzadas, y jugueteaba con unos mechones de su cabello castaño ondulado. Un olor a jabón y perfume de lavanda, sin el más leve rastro de sudor, llenó las fosas nasales del hombre.

—Habrías usado algunos de tus trucos —zanjó la conversación, ignorándola cuando intentó hacerse la inocente—. Ahora, hazme un favor y sirve esa comida antes de que se enfríe. Aún estás trabajando.

Ella frunció el ceño unos segundos, pero recuperó la compostura casi de inmediato. Se incorporó de un salto e hizo una leve reverencia, antes de obedecerle, al tiempo que alzaba su falda como si se encontrase en alguna corte.

De regreso a la cocina, Lug negó con la cabeza, un tanto exasperado; le costaba entender qué era lo que había motivado a Gwenllian a mudarse a aquel remoto valle y solicitar empleo en la posada. Su piel clara y sin imperfecciones, su olor limpio y perfumado, su vocabulario refinado y las habilidades que negaba poseer, la delataban.

Era de clase alta. Debía de haber pasado la mayor parte de su vida en una corte, tal vez sirviendo como hechicera para algún noble o monarca. El único motivo que se le ocurría era que estuviera siendo perseguida y necesitase un lugar donde permanecer oculta hasta que se calmasen las aguas. Su mente divagó entre las historias que había escuchado sobre la secta de Euston el Argénteo, que rechazaba a los hechiceros, místicos y videntes que tan a menudo servían de consejeros en las cortes de aquella tierra, y que eran perseguidos por un grupo de guerreros dedicado a darles caza.

Pero, de ser así, ¿por qué no actuaba como una muchacha de pueblo? ¿Por qué no le ocultaba sus habilidades?

Lug suspiró exasperado: «Aquello era un callejón sin salida», se dijo, de modo que decidió centrarse en cuestiones más prácticas, como tantas otras veces que se había hecho las mismas preguntas.

Recorrió con la mirada el salón, iluminado por varias velas y una chimenea de piedra, y al comprobar que las mesas ya estaban servidas, volvió a la cocina y empezó a recogerla.

«Se irá como llegó», se repitió mientras apilaba los utensilios en una cubeta. Eso mismo habían hecho sus antiguos aprendices, y ninguno poseía una fracción de las habilidades de ella; hasta que se marchara, no obstante, las aprovecharía.

Lo cierto era que, desde su llegada, los clientes dejaban mejores propinas y los destrozos al mobiliario se habían reducido al mínimo. Rara era la vez que algunos borrachos se ponían violentos e iniciaban una trifulca y cuando sucedía, solía atajarse pronto y sin necesidad de utilizar su martillo para romper unas cuantas extremidades.

Con el paso de las horas, las mesas se fueron vaciando. Muchos huéspedes subieron a sus habitaciones en el segundo piso, mientras que un número bastante menor se atrevió a acampar en el exterior pese a que el bosque colindante tuviera fama de encantado o maldito.

Lug observó mientras fregaba sus utensilios de cocina en el exterior, las hogueras encendidas. Varios grupos se acercaron a él, como ya habían hecho otros a media tarde, y le pagaron a cambio de un fardo de leña seca. Cuando regresó al interior y cerró la puerta, con los cacharros húmedos bajo el brazo, profirió un largo suspiro.

«Un día menos para el invierno», pensó. Y parecía que aquel lo empezaría con las arcas llenas y la despensa casi vacía. Regresó a la barra a paso ligero y se dedicó a ordenarla mientras Gwen limpiaba las mesas con un paño húmedo. A los pocos minutos, escuchó unos pasos dirigiéndose hacia él. Alzó la mirada y vio a un muchacho, de apenas catorce años, que portaba una armadura vieja y una espada en similares condiciones. Era pelirrojo, intentaba con escaso éxito dejarse barba y tenía varios moretones, prueba de los entrenamientos a los que le debían someter sus superiores.

—Se-señor, mi señor —le llamó—, yo... querría decirle una cosa.

—Di, muchacho —respondió con voz ronca.

—Solo quería que supiera que le admiro mucho. Verá... conozco la leyenda de Lug, el Quebrantahuesos, fue la que me llevó a convertirme en mercenario y, desde entonces, mi sueño ha sido poder combatir a su lado. Aunque... —Observó durante unos instantes a Gwenllian—. Entiendo que haya dejado las armas, cualquiera lo haría por una mu-mujer así.

El cocinero no respondió y cuando el muchacho se giró, con el rostro colorado, de vuelta a Lug, este se encogió de hombros. Su ceño, sin embargo, estaba fruncido y sus labios torcidos hacia abajo. El muchacho se puso blanco de repente y, tras despedirse con voz temblorosa y numerosas reverencias, huyó de allí como un ratón de un gato.

Al ver aquella situación, la camarera dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia la barra.

—¿Qué os aflige, mi estimado empleador?

—Creía que venía a elogiar mi comida.

—Y, en cambio, ha elogiado la violencia que solíais practicar, ¿me equivoco? Y a mí, por supuesto —añadió orgullosa.

Él no contestó y ella apoyó una mano en los anchos hombros del posadero.

—¿No tenéis hambre? Porque tanto servir y servir me ha dejado famélica y sedienta. Haríais bien en alimentar como es debido a vuestra humilde camarera, si queréis que vuestra leyenda en los fogones supere algún día la del campo de batalla.

Sin darse cuenta, a Lug se le escapó una media sonrisa.

—¿Qué deseas cenar, Gwenllian?

—Es Gwen, mi estimado empleador —le recordó ella.

—Te llamaré así cuando dejes de tratarme de vos.

—Ah, no. —Frunció el ceño—. Vos mandáis, mi estimado empleador. He de trataros con el debido respeto.

—Entendido, Gwenllian. Ahora, dime, ¿qué quieres cenar?

—Un poco de todo —respondió ella.

—¿De todo? Va a sobrar comida. He visto gorriones con más buche que tú.

—Haré una excepción, dado el extraordinario aroma de los platos servidos esta jornada.

Él suspiró y musitó para sí mismo la palabra *zalamera*. Ella le sonrió, llenó dos jarras y colocó varias rodajas de pan en un cuenco, a la espera de que Lug trajera el plato principal.

—¡Que aproveche! —gritó la mujer tan pronto como le sirvieron la cena, antes incluso de que su jefe se sentase a la mesa.

—¿Y los modales, Gwennlian? —la reprendió en un tono que rozaba la ironía.

Ella alzó la cabeza y lo miró ojiplática, para dejar bien clara su sorpresa ante la inesperada chanza.

—Qué le voy a hacer, mi estimado empleador —suspiró teatral—. Estar rodeada de hombres rudos y gruñones está haciéndome olvidar las buenas costumbres. Hasta como con las manos. Una tragedia. Este sustento bien se merece cubertería de plata.

Fiel a su promesa, Gwennlian se terminó la ración que le había servido. Hasta eructó, hecho que fue seguido de una risita divertida. Se soltó el pelo y se recostó en la silla.

—Creo que no voy a comer en dos días, pero ha merecido la pena. Si me disculpáis, voy a arrastrarme hasta mis aposentos, con la elegancia de un barril cuando lo trasladáis de la despensa a la barra.

—Que descanses.

—Que vuestros sueños sean alegres y el despertar dulce —respondió ella, que era pomposa hasta para las despedidas.

Pese a sus palabras, Gwennlian marchó con paso tranquilo y elegante a sus dependencias en la planta baja. Una vez quedó solo en el salón, Lug revisó el interior del local, más por inercia que por verdadera necesidad. Estaba impoluto, como cada noche desde que ella trabajaba en su posada.





CAPÍTULO 2

EL MERCADO DE OTOÑO

El desfile de caravanas, comerciantes, bandas de mercenarios y otros buscavidas continuó durante las semanas siguientes, como una hilera de hormigas en busca de alimento. Las nubes, tras desgajarse en las montañas al sur, habían descargado una cortina de agua y provocado que el río Iestyn se desbordase. Una situación que, a su vez, llevó a decenas de viajeros a atravesar la ruta del bosque encantado.

La creciente afluencia en su establecimiento favoreció que el humor de Lug fuera menos taciturno de lo habitual. Una mañana, hasta canturreó una de las viejas canciones de su tiempo como mercenario. Gwenllian se había quedado apoyada en el marco de la puerta, escuchándole; pero cuando este se giró, después de pelar unos tubérculos, y la vio allí, con una sonrisita divertida en los labios; el impacto fue tal que ni siquiera consiguió gruñir.

Aquella reacción, sin lugar a dudas, debía de haberle resultado divertida, ya que en las horas siguientes, cuando ella se acercaba a la cocina para dejar la comanda, él la escuchaba tararear esa canción; lo hacía, además, mirándole de soslayo.

Durante unos instantes, sopesó pedirle que parara. Pero decidió callar, dado que aquello solo la espolearía a seguir haciéndolo. «Tal vez —pensó—, hasta persuada a los mercenarios junto a la chimenea de que se le unan».

Lug observó al grupo a través de la ventana sin dejar de trabajar. Había llegado hacía unas horas, adelantándose a su compañía, para acordar con él varios barriles de cerveza y negociar con los

comerciantes allí hospedados. Conocía a aquella compañía de sus tiempos como mercenario. Estaba seguro de que lo habían reconocido; aunque ninguno sacó a relucir su pasado común, se habían enfrentado en bandos opuestos varias veces. Ahora bebían sin precaución ni mesura mientras esperaban la llegada del resto de su compañía.

Estuvieron dos horas allí sentados y al terminar y acercársele con paso tambaleante, le trataron con respeto y pagaron de forma generosa. Se despidieron y regresaron con sus compañeros. Por el hueco de una contraventana abierta del comedor, Lug distinguió una larga columna de hombres y mujeres que avanzaba en formación por el antiguo camino.

—Es la segunda que pasa por aquí hacia el este —comentó Gwen, que también les observaba.

Él asintió distraído y le ordenó que cerrase las contraventanas para que la polvareda de aquellos cientos de pies no entrara en su local. La compañía pasó sin incidencia alguna y el resto de la tarde avanzó sin ningún otro contratiempo, gracias a las destacables habilidades diplomáticas de la camarera.

—Con todo lo que estáis ganando, mi estimado empleador —le comentó mientras recogían el comedor—, ya podríais subirme el jornal, ¿no os parece?

—Está bien —aceptó sin discutir.

—¿En serio? —preguntó sorprendida.

Él se encogió de hombros. Era lo justo.

—¿Necesitas el dinero?

Gwenllian entrecerró los ojos y ladeó la cabeza. Lug observó cómo extendía los dedos de una de sus manos mientras elaboraba una lista mental.

—Lo más importante, ropa de abrigo. Tal vez algún libro, ¿venden libros en el mercado de otoño?

El aludido enarcó una ceja. Nunca había sido muy de leer. Ella suspiró y decidió comprobarlo por sí misma.

—También quiero telas de calidad. Me gustaría aprovechar el invierno para confeccionarme algunas prendas. Material de costura y... tal vez, algún juego de azar o estrategia, aunque no es probable que tengan de eso, ¿verdad?

—Quizás, algunas barajas de cartas —terció él.

—Seguro que conocéis varios juegos de vuestros tiempos mozos. Sed sincero, ¿cómo es el invierno aquí?

—Tranquilo.

—Es decir, aburrido. —Frunció el ceño.

—Es tranquilo —insistió él—. Quien decide aburrirse es uno mismo.

—En eso tenéis toda la razón —afirmó ella—, y he ahí el motivo de que desee comprar pertrechos, para mantenerme atareada. Quién sabe, hasta podría enseñaros a leer, ¿no os interesa?

—Sé hacerlo, Gwen. Pero nunca he tenido la costumbre.

—¿Perdón? —saltó escandalizada—. ¡Eso es aún peor que la ignorancia!

Lug puso los ojos en blanco.

—¿Y cuándo iba a leer?

—Pues este invierno —afirmó ella.

—No lo sé. Soy perro viejo y los textos largos me agotan. Mejor que me dedique a otras cosas.

—Oh, vamos. Mi estimado empleador, os subestimáis. En primer lugar, no sois tan viejo; si apenas tenéis canas en esa estúpida barba que os tapa la cara. En segundo, le aseguro que cualquier animal, sea perro u hombre, puede aprender trucos nuevos si se lo propone. Lo he visto con mis propios ojos decenas de veces.

Durante unos segundos, se planteó el dilema; para él, la lectura era una habilidad práctica, le ayudaba a negociar y a llevar las cuentas, pero no suponía una fuente de sabiduría, y mucho menos de ocio. Así que solo gruñó, porque conocía lo suficiente a Gwenllian como para saber que jamás daría su brazo a torcer. Ella supo interpretar su bufido, de modo que se marchó a la cama con una expresión satisfecha.

A la mañana siguiente, después de servir los desayunos, despedir a los huéspedes y dejar algún guiso cocinándose a fuego lento, Lug le comunicó a Gwenllian que planeaba visitar Paweth, el pueblo más cercano. Si el viaje transcurría con normalidad, regresaría a tiempo para servir el almuerzo.

—Necesitamos suministros del pueblo, tal vez la ayuda de algún muchacho, y hay algo que me gustaría enseñarle a Eilena —añadió, golpeando una de las alforjas de Aodh, su burro—. La comida está casi hecha; vigílala y calienta lo que quedó de ayer, ¿entendido?

Ella asintió y, tras una breve despedida, Lug tomó el camino que zigzagueaba hacia el sur. Había dejado su martillo en el expositor, pero llevaba en el cinto un cuchillo para desollar y una espada corta de calidad, que un maleante había empeñado en la posada hacía un par de años, como pago por el mobiliario destrozado en una pelea.

La aldea a la que se dirigía se hallaba a una hora de viaje a paso ligero. El sendero de tierra batida, que hacía décadas había conectado el pueblo con la ruta del bosque encantado y permitido el transporte de mercancías, había sido reconquistado por la naturaleza. Su superficie era irregular, plagada de piedras, hierbas bajas y socavones. El camino circundaba la ladera de una montaña solitaria, cuya cara norte, en la que estaban ahora, alternaba extensiones de tierra pedregosa y helechos verdes brillantes, amarillos y marrones con otras más frondosas, donde crecían hayas y robles.

Al otro lado del macizo que bordeaba el sendero, Lug podía ver las etéreas volutas de humo que escapaban de las chimeneas y, poco después, empezó a cruzarse con algunos lugareños, que le saludaban a voz en grito o con respetuosos gestos de cabeza.

Obtener la confianza de los aldeanos había sido duro para Lug, tanto por la personalidad hosca del posadero, como por su decisión de establecer el local junto a un camino con tan mala reputación. Debido a la naturaleza mágica de la espesura, aquella ruta había estado casi abandonada durante décadas; los únicos que se atrevían a atravesarla eran los locos, los proscritos y aquellos que contaban con la protección de los guerreros de la Orden de la Espada de Plata. Un grupo de caballeros que veneraba al dios Kennen como patrón, y que se encargaba de proteger al pueblo de la oscuridad y lo sobrenatural.

No fueron pocas las veces, durante sus primeros meses en la posada, que Lug había bajado al pueblo en busca de ayuda para restaurar el viejo edificio, y solo Eilena, la herrera, había aceptado

echarle una mano con la reconstrucción; previo pago, claro, y añadiendo un extra por el peligro que ello implicaba.

«Bueno —pensó en tono irónico—, también vino el sacerdote del pueblo. Quería bendecir la posada y conseguir un donativo en el proceso. Su empeño le llevó a la puerta de La Bendición de Vivian, escoltado por dos feligreses; y si se abstuvo de hacerlo, fue porque vio el símbolo de Kennen grabado en el marco».

Lug suspiró y su vista se clavó en el templo que se hallaba en el centro de la aldea. Como en la mayoría de pueblos agricultores, estaba dedicado a Aldara, diosa de la perseverancia y el conocimiento, benefactora tanto de agricultores como de eruditos y hechiceros.

Examinó las primeras casas, que empezaban a ser visibles entre los árboles, y le desconcertó tanta calma. Si bien Paweth era un pueblo de unos ciento cincuenta habitantes, su cercanía a la vía principal, que conectaba el valle con el exterior, lo había convertido en el centro comercial por excelencia de aquella zona. Dos veces al año, en primavera y otoño, se organizaban los mercados más importantes de la región, y la aldea podía quintuplicar su población. La taberna se llenaba, los lugareños alquilaban habitaciones y hasta se arrendaban las parcelas en barbecho para plantar carpas y tiendas.

Aquel año, por desgracia, las inundaciones al sur, como pronto le confirmó una lugareña, habían impedido la llegada de muchos de los comerciantes habituales. Y, al extenderse la noticia, el número de compradores también había descendido.

—¿Y Eilena? —preguntó antes de despedirse.

La forja, que se hallaba junto al riachuelo que bordeaba el pueblo, parecía cerrada y tampoco brotaba humo de su chimenea.

—Ha salido —respondió la campesina que le atendía.

Como única respuesta, Lug gruñó; un cliente, después de perder todas sus monedas jugando a los dados, había abonado su deuda pagándole con hierro de la cuenca de Isio, de gran calidad; el posadero esperaba poder vendérselo a su amiga.

—Dile que he venido y que quiero hablar de negocios, ¿de acuerdo?

La aludida asintió y él se lo agradeció con palabras, aunque sin dejar de fruncir el ceño. A continuación, se dirigió al mercado para comprar, vender e intercambiar mercancías con aquellos que sí habían llegado a tiempo.

La falta de afluencia de compradores, como pronto averiguó, propiciaba que los comerciantes fueran menos reticentes al regateo y que, en general, favoreciesen el trueque de alimento y productos perecederos por otros que no se deteriorasen si la cuenca del río Iestyn permanecía intransitable varias semanas.

A su vez, el intercambio le permitió aprender sobre el mundo más allá del valle; supo de guerras y alianzas; de la llegada de un sacerdote de Euston el Argénteo al pueblo; pero también, que aquel año el señor del feudo al sur de las montañas había subido otra vez las tasas a los comerciantes que recorrían sus tierras.

—Es un escándalo —se quejó uno, veterano de aquel mercado, llamado Declan—. La cuarta vez en diez años, ¿cómo espera que nos ganemos la vida si nos cobra por viajar?

El posadero escuchó con paciencia, asintiendo de forma mecánica con la cabeza y mostrando su comprensión. Lo único que consiguió callar al hombre fue un gritito de su hijo, quien tenía el mismo pelo rubio de su padre y jugaba por los alrededores. Su atención, en ese momento, estaba fija en el gato atigrado de una de las vecinas.

Al ver al chico, que debía rondar los diez u once años, el pelo del animal se erizó y tras proferir un bufido, echó a correr más allá de la vivienda. El pequeño lo siguió, esforzándose por hacer el mínimo ruido posible, y su padre gritó:

—¡Lewis! ¡Déjalo tranquilo! Como se pierda, la señora Hart te va a dar una buena azotaina.

El niño palideció durante unos instantes y regresó junto al carromato, bajo la atenta mirada de su padre, mientras pateaba una piedra suelta.

—Podría tomar el camino del bosque —le explicó Lug, cuando recuperó la atención del mercader—. Muchos comerciantes y la mayoría de los mercenarios ya lo hacen. Regento una posada allí y le puedo asegurar que nadie desaparece en el Bosque de Ársa.

Él le miró con suspicacia e hizo varias preguntas sobre el local, sus alrededores y el estado del sendero que conectaba con el pueblo, a las que el posadero respondió con sinceridad.

—Lo arreglarán este año. Seguro. Mire a su alrededor; si el camino estuviera arreglado, el mercado de otoño no estaría así de vacío.

La conversación se alargó unos minutos más y cuando Lug se disponía a marcharse, un recuerdo atravesó su mente como una flecha.

—¿Vende telas? —quiso saber.

—No, pero Christopher tiene la mejor lana del mercado. Está allí. —Señaló con el dedo—. Al final de la calle.

Lug guardó silencio mientras observaba el puesto en la distancia.

—¿Y algo más... —Hizo una pausa, en busca de la palabra adecuada— especial? Ya me entiende, seda, telas tintadas.

—¿Acaso desea confeccionar una prenda para una dama? —inquirió el comerciante.

Lug guardó silencio, cruzó los brazos y reflexionó con el ceño fruncido: «¿Qué sentido tiene que se lo compre yo? —se reprochó—. No sé nada de telas, mucho menos de tintes. Me estafarán seguro».

—Da igual —concluyó—. Gracias por su tiempo.

Lug escuchó la despedida del comerciante mientras colocaba el género que había comprado en las alforjas de Aodh y cuando creía que nadie le oía, bufó frustrado. Ignoraba qué podría necesitar Gwenllian.

—Mejor le doy el dinero —sopesó mientras observaba las nubes deslizándose perezosas por el cielo azul—. Vamos, Aodh.

El burro lo siguió obediente y Lug, como recompensa, le compró una manzana en uno de los puestos. Cargó varios sacos de grano en las alforjas y dejó más víveres encargados para su próxima visita. Cuando por fin hubo cumplido con sus obligaciones, se acercó por última vez a la entrada de la herrería, pero seguía cerrada, de modo que decidió regresar a La Bendición de Vivian.